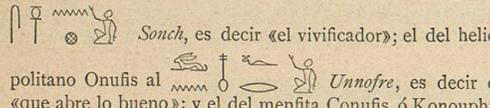
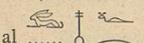
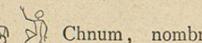
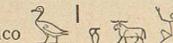


con sus sabios sacerdotes algunos ramos de la ciencia. Así lo consignan algunos escritores que hacen mencion expresa de estos viajes de sabios griegos á Egipto. Los egipcios daban á esto tanta importancia que, según dice Diodoro (I, 96), los sacerdotes consignaban en sus anales estas visitas de griegos ilustres, y los más notables de entre ellos conocieron y nos nombran algunos maestros por sus nombres y sus orígenes. Estos nombres llevan un sello marcadamente egipcio y no ofrecen por lo tanto duda alguna sobre el particular. Plutarco llama al maestro de Solon Sonchis de Sais, al de Pitágoras Onufis de Heliópolis, y al de Eudoxo Conufis de Menfis: á estos añade Clemens el nombre del maestro de Platon, que era Secnufis. Todos estos nombres pueden ser fácilmente restituidos á su forma egipcia. (El nombre del sacerdote de Sais, Sonchis, se reduce al nombre jeroglífico

 *Sonch*, es decir «el vivificador»; el del heliopolitano Onufis al  *Unnofre*, es decir el «que abre lo bueno»; y el del menfita Conufis, ó Konouphis

como le llama Clemens, al  *Chnum*, nombre del dios *aries* de Elefantina que los griegos reproducen en el de Chnoumis y Knouphis; y el nombre del maestro de

Platon, Secnufis, se escribe en jeroglífico  *Sichnum* («hijo del Chnum»); cuatro nombres que, escritos de esta manera, encontramos con frecuencia en las inscripciones como nombres de antiguos personajes egipcios.) «Es evidente que en esta enseñanza se trataba de algo más que de un simbolismo ininteligible, de una mística lapidaria y de incoherentes quimeras, como con tanta frecuencia hasta hoy se ha creído. Una literatura rica y desde antiguo cultivada debía contener conocimientos reales y experimentos científicos: los grandes tesoros de aquella literatura fueron conocidos y envidiados mucho antes de la época de los Tolomeos: los persas de Artajerjes se apoderaron de una multitud de ellos que existían en los antiguos archivos de los templos y no los restituyeron sino mediante un fuerte rescate. Pero el contenido de estas preciosidades no fué más exacta y completamente conocido hasta que aparecieron las muchas traducciones que desde los tiempos de Tolomeo se hicieron para los griegos. Entre otros testimonios de ello, poseemos el notable de Estrabon, en que habla de los trece años de permanencia de Platon y de Eudoxo en Egipto. Estos sacerdotes, dice, eran expertos en astronomía, pero guardaban misteriosamente sus conocimientos y rara vez los comunicaban: solo con el tiempo, y á fuerza de cortesanas atenciones, consentían en manifestar algunos de sus aforismos, pero ocultaban á los bárbaros la mayor parte de ellos. Así juntaron la parte del día y de la noche que sobra de los 365 días para completar el año. El año completo fué desconocido para los griegos, como tantas otras cosas, hasta que los nuevos astrónomos lo supieron por las disertaciones de los sacerdotes traducidas al griego. Estos astrónomos hacen todavía referencia á los escritos de los egipcios y de los caldeos (1).»

De aquella clase de sabios, tan célebres en el extranjero por su ciencia y tan poderosos en su patria, dependían más ó menos los reyes de Egipto. Aun aquellos hombres que tuvieron la plenitud de poder que vemos conferido siempre y en todos los países á los príncipes de Oriente; aquellos que, como dice Diodoro, «fueron altamente venerados por los

(1) Para esta explicación que hace Lepsius acerca de la fundada fama de la antigua ciencia egipcia, véanse Herodoto, II, 77, 81, 91, 123, 143, 160, y VII, 94; Diodoro, I, 29, 44, 69, 96-98; V, 37; XVI, 51; Estrabon, XVII, pág. 806, y Plutarco: *De Is. et Osir.*, cap. 10.

egipcios y ante los cuales se prosternaban éstos como si fueran dioses» y que en efecto pretendieron en vida veneración divina, como lo demuestran centenares de dibujos y de inscripciones; aquellos poderosos señores del país se inclinaban ante el poder de los hombres que por su ciencia figuraban en primera fila, siendo educados por ellos, admitiéndolos en su compañía, recibiendo de sus manos la corona al hacerse cargo del gobierno, en medio de las solemnes ceremonias con las cuales consagraban los sacerdotes «al hijo del sol» como representante en la tierra del dios Horo y le daban la soberanía sobre el Alto y el Bajo Egipto. Este sentimiento de dependencia de los más instruidos y el cumplimiento de sus órdenes y mandatos, consecuencia natural de tal sentimiento; la constante necesidad de ejecutar, en interés común, grandes obras que exigían unidad de acción; el deseo que á todos, altos y bajos, animaba de atender, por cuantos medios estaban á su alcance, á su existencia y de dejar de sí una buena memoria; la confianza que todos tenían en la divinidad; el temor y la esperanza que todos abrigan ante la idea de un castigo y de una recompensa en el otro mundo; todo esto constituía un estrecho lazo de unión entre el rey y el pueblo, entre los poderosos y los débiles, entre los que por su ciencia tenían poder, dirección y mando, y los que confiaban en tales sabios y les obedecían. Por eso nacieron tempranamente en aquella región instituciones públicas bien ordenadas y relaciones políticas y jurídicas sólidas por las cuales los antiguos habitantes del valle del Nilo se distinguieron tan notablemente y se encontraron en condiciones de presentarse de una manera tan digna como brillante, en la escena de la historia universal como los primeros de entre los pueblos civilizados de la antigüedad.

El Egipto se nos presenta, pues, como el país en que por vez primera vemos las raíces y el rápido progreso de una civilización, y en el cual nos es dado seguir los diferentes estadios del humano desenvolvimiento. En Egipto, en cuyo clásico suelo se ofrecen hoy á menudo ante nuestros ojos, en un perímetro de pocas horas, los restos de las más distintas épocas civilizadas, confundidos por la acción de milenios de años, tenemos el teatro de la más antigua vida intelectual, la escena de las primeras épocas cultas de la antigüedad de tan grandiosa como remota existencia. Allí, como en ninguna otra parte, podemos seguir los trabajos realizados durante miles de años por el humano espíritu para alcanzar fines cada vez más elevados, y los caminos que ha seguido para llegar á éstos. Desde los Faraones, enterrados cuatro mil años antes de nuestra era en la necrópolis de la antigua Menfis, hasta los primeros soberanos que residieron en la metrópoli de Alejandría, ábrese á nuestros ojos, escrito en piedras y en papiros, el libro instructivo y auténtico de la vida y de las obras de los antiguos egipcios.

## CAPITULO II

### ANTIGUA DIVISION GEOGRÁFICA DEL EGIPTO

En el capítulo anterior, al hablar de la existencia que en otro tiempo se desarrolló en el bajo valle del Nilo, hemos tenido ocasión de hacer notar algunas cualidades salientes de los antiguos habitantes de dicho valle, tales como se manifiestan en sus instituciones políticas, en el trato de su vida civil, en las costumbres, en la ley, en las artes y en las ciencias. Como rasgo fundamental del modo de ser de los antiguos egipcios, hemos señalado el profundo respeto que profesaban á la ley existente, su extraordinario apego al orden de cosas que por la antigüedad les había sido transmitido y el sentimiento de la regularidad que se nos aparece en lo rela-

tivo á la forma exterior, manifestado en la mayor parte de sus monumentos por sus constantes tendencias hácia la simetría. Esta cualidad del modo de ser de los antiguos egipcios se refleja también claramente en los templos que todavía se alzan hoy en el valle del Nilo, así por lo que se refiere á su arquitectura, como por lo que toca á los adornos que en forma de dibujos y de inscripciones encontramos en cada una de sus partes. Así como el arquitecto al distribuir el edificio, al fijar la sucesión de los distintos espacios, desde el vestíbulo hasta el santuario, se veía obligado á seguir antiguos preceptos, de los cuales no le era dado apartarse; del mismo modo se prescribía al artista encargado de esculpir los adornos de qué manera y en qué lugar de las paredes del templo había de ser tratado tal ó cual tema. Para aquellos dibujos é inscripciones que se referían especialmente á la historia del Egipto, y sobre todo á las expediciones llevadas á cabo en el extranjero, se elegían, como sitio el más á propósito, las paredes exteriores del templo y sobre todo las fachadas de las puertas, que por sus dimensiones colosales eran propias para colosales descripciones. Las explicaciones geográficas tenían reservado su puesto en la sección inferior de las referidas paredes de los templos, á cosa de un metro de altura de su base. En las paredes que miraban al exterior y que se divisaban desde lejos y delante de las cuales podía situarse la plebe á quien estaba negada la entrada en el interior del templo, se veneraban, á la vista de todos, las hazañas realizadas, bajo la protección de la divinidad y en heroicas luchas contra el extranjero, por el soberano egipcio y por su pueblo. Como gigante entre enanos, sobresaliendo por encima de todos los combatientes, vemos representado al héroe lanzándose —en compañía de su cobero ó teniendo en sus manos las riendas de los caballos de su carro— en medio de las filas enemigas, ó persiguiendo á los fugitivos, ó disparándoles sus flechas, ó llevando con su dardo, lanza, espada ó hacha el espanto y la muerte á su alrededor. En otro lugar, se representan la marcha de las tropas egipcias ó el sitio de una fortaleza dirigido por el rey, ó contemplamos el cuadro de una batalla de atrevida concepción y de ejecución esmerada, que ora se libra en una comarca montañosa, ora en la orilla de un río y alguna vez en las costas del mar en varias embarcaciones. A derecha y á izquierda del portal que se abre entre las dos puertas, vemos por regla general representada la imagen colosal del Faraon formando, en representación simbólica, un haz con los enemigos por él vencidos: su mano izquierda sostiene este haz y su derecha levantada descarga el golpe de maza que ha de aniquilarlo. Junto á este dibujo, encima ó debajo de él, encontramos otro en que aparece el soberano egipcio recibiendo de la mano de su dios la espada de la victoria, mientras detrás de la imagen de Amon ó de Horo se alza la personificación de la ciudad capital Tebas, «la señora vencedora de ciudades», como se la denomina en las inscripciones, presentando al que regresa triunfante los pueblos y ciudades vencidos y formados en largas filas. En estos dibujos vemos acercarse al trono de su divino padre «al hijo del sol, al señor de la diadema, al rey que gobierna en el Alto y en el Bajo Egipto», es decir, á un Usertes ó á un Amenofis, á un Tutmosis ó á un Ramesces. El que ha regresado felizmente se dirige primeramente al templo de su dios para mostrar, por medio de preciosos presentes, su gratitud á aquel por orden del cual emprendió la campaña y á cuya protección debe la victoria. «Tú eres como el dios del sol, le dice, brillante como él te presentas á los vivientes. Tu espada de la victoria es poderosa para derrotar á los bárbaros. Gracias á tu fuerza, el Egipto se encuentra en una situación feliz. La fuerza del dios de la guerra, Muntu, se esparce por tus miembros. Tus intenciones son firmes y tus planes

se realizan tales como los ha concebido Amon. Firme es el trono de Egipto.» Con estas palabras, á las puertas del templo de Medinet-Abu, el príncipe heredero y dos de los más altos dignatarios del imperio saludan al rey Ramesces III, que regresa vencedor de una lucha contra una poderosa alianza de pueblos, y que contesta á este discurso diciendo: «Dirigid vuestras miradas á la inmensa gracia que Amon-Ra, el rey de los dioses, ha dispensado á la dinastía egipcia (1).»

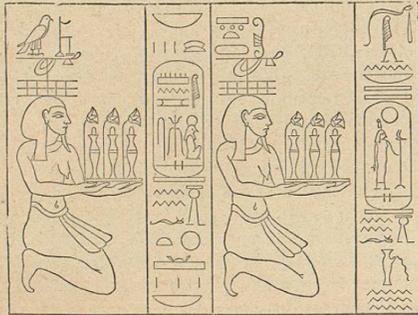
Las hazañas realizadas por orden y bajo la protección divina en las luchas contra el extranjero por el soberano egipcio y sus valientes guerreros, y la acción de gracias á los dioses: tales son los asuntos que, variados en su ejecución, ostentan la mayor parte de los dibujos é inscripciones esculpidos en esta parte de las paredes de los templos egipcios. Así como en estos sitios nos son transmitidas las noticias geográficas que tenían los antiguos egipcios respecto del extranjero, en la sección inferior de las citadas paredes encontramos los conocimientos geográficos del propio país: á esta clase de dibujos y de inscripciones dedicaremos ahora nuestra principal atención. Digamos, sin embargo, antes algunas palabras acerca de la forma en que están representados estos datos geográficos. Así como en los dibujos astronómicos que adornan las bóvedas de los templos, las estrellas celestes, tales como fueron observadas por los antiguos egipcios, y las grandes y pequeñas divisiones del tiempo en meses, días y horas están representadas por hombres y mujeres, del mismo modo encontramos esta forma en la división geográfica del país. En su consecuencia, en la mayor parte de los grandes templos egipcios que aun se conservan, en sus paredes exteriores, en las de los vestíbulos y en algunos espacios del interior en la sección inferior de sus paredes hallamos largas filas de figuras que aportando ofrendas y dirigidas por un rey que también lleva la suya, caminan hácia la imagen de la divinidad principal del templo. Estas figuras unas veces son de hombres, otras de mujeres y otras presentan una forma hermafrodita parecida á la que personifica el Nilo. En los templos más antiguos, como por ejemplo en Abydos ó en Karnak, las personas que vienen después del rey están representadas de rodillas: todas estas figuras, á excepción de las de los reyes que van delante, llevan en la cabeza el signo jeroglífico , que representa un trozo de campo atravesado por canales, sobre el cual descansa un aparato sostenido por un palo y adornado con cintas que flotan , encima del cual se ve otro signo jeroglífico ó un grupo compuesto de varios signos, que es diferente en cada figura.

El mérito de Harris, tan conocido en el mundo científico por su rica colección de papiros, consiste en haber sido el primero que conoció el significado de estas figuras, tan importantes para la investigación geográfica, y explicó que eran personificación de los diferentes distritos egipcios y de sus subdivisiones. En su *Hieroglyphical standards representing places in Egypt supposed to be nomes and toparchies*, obra dada á luz en 1851, publica Harris por vez primera alguna de estas listas geográficas, sobre las cuales apenas se había fijado hasta entonces la atención y su explicación allí consignada ha sido plenamente confirmada por ulteriores investigaciones (2), de suerte que hoy no es posible dudar de su exactitud.

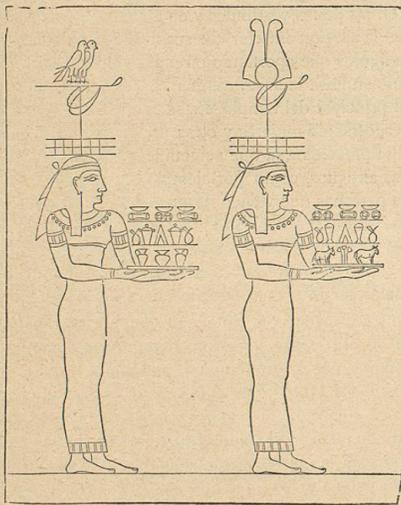
(1) Dumichen: *Inscripciones históricas*, I, tabla 17.

(2) H. Brugsch: *Geografía del antiguo Egipto*, en tres tomos. Leipzig, año 1857; J. C. Hinrichs y una serie de artículos geográficos publicados en la *Revista para el lenguaje egipcio*. Además la obra del mismo autor: *L'exode et les monuments égyptiens*, con un mapa del antiguo Bajo Egipto; y sobre todo su grandiosa obra reciente con los nombres geográficos de los monumentos egipcios colocados por orden alfabético: *Dictionnaire géographique de l'ancienne Egypte*, Leipzig, J. C. Hinrichs. — J. de Rougé: *Textes géographiques du temple d'Edfou* en la *Revue archéologique*, y *Monnaies des Nomes de l'Egypte*, Paris, 1875. — J. Dumichen:

El orden seguido en estas listas geográficas de las paredes de los templos egipcios es, por regla general, el siguiente: en el centro de la pared que se alza enfrente de la entrada cuando las inscripciones se encuentran en uno de los espacios interiores, y por lo comun en el extremo de su lado longitudinal, cuando están hechas en los muros circundantes, en las puertas ó en las paredes exteriores, se ve con la cara vuelta hácia los que llegan, la imagen del dios á que está consagrado el templo; en direccion á él caminan, llevando sus ofrendas, los distritos personificados y sus subdivisiones, co-



El 1.º y el 2.º distrito del Alto Egipto. De una lista geográfica en el templo de Rameses I, en Abydos. (XIX dinastía, 14 siglos antes J. C.)



El 3.º y el 5.º distrito del Alto Egipto. De un templo de la época tolomaica-romana.

locados por lo general en el lado Sur los del Alto Egipto y en las paredes del lado Norte los del Bajo Egipto, unos y otros conducidos por el rey, que, á juzgar por las cifras del nombre que ostenta, es siempre aquel bajo cuyo reinado ha sido construido ó restaurado el templo, ó la parte de él que contiene la inscripcion. El rey saluda á la divinidad con un

*Inscripciones geográficas de los antiguos monumentos egipcios, recogidas en los mismos lugares durante los años 1863-1865 y publicadas con explicaciones; dos tomos, Leipzig, 1865, J. C. Hinrichs, y Los oasis del desierto libio, sus antiguos nombres, su situacion, sus principales productos y las divinidades veneradas en sus templos. Estrasburgo, 1877, Carlos J. Trubner.*

corto discurso: «El sol, el señor de los dos países (sigue encerrado en un escudo el nombre del rey como tal), el hijo del sol, el señor de la diadema (sigue el segundo nombre del soberano, es decir, el nombre de familia), llega á tí (sigue el nombre del dios del lugar, Amon ó Ftah, Horo ó Osiris, Isis ó Hathor, seguido comunmente del apéndice soberano ó soberana de la ciudad y del nombre de ésta, que es á quien pertenece el templo). Te trae los distritos del Alto y del Bajo Egipto con sus ofrendas.» La reina, que las mas de las veces acompaña á su marido, ostenta tambien una inscripcion análoga á la anterior, y á la real pareja siguen, en la forma indicada, las personificaciones de los distritos del Alto y Bajo Egipto, cada una de ellas explicada por una inscripcion en la cual se mencionan la respectiva provincia y su capital, el templo provincial con todas sus dependencias y el nombre de la divinidad tutelar del distrito, las fiestas que se celebran durante el año, y los sacerdotes y sacerdotisas que en sus territorios funcionan. Asimismo se hace mencion en tales inscripciones de los bosques y lagos sagrados que existen en la circunscripcion del templo, los canales que atraviesan el distrito, el puerto de donde salen las expediciones solemnes que, con las imágenes de los dioses, se verifican en las grandes fiestas y que llegan muchas veces hasta los templos de las provincias vecinas; tambien se habla en ellas del país cultivado y regado por el Nilo y de sus productos. Cuando las dimensiones de la pared del templo lo permiten, cada distrito está representado por cuatro figuras: la primera ostenta siempre en la cabeza el signo del distrito de la respectiva provincia y su inscripcion solo se refiere en términos generales al distrito y á su capital, designada unas veces con nombres sagrados y otras con nombres profanos: la segunda, dibujada en las inscrip-

ciones en esta forma:   Mer, representa con su nombre especial el canal principal del distrito que sirve para el riego y para la navegacion, al lado del cual tambien se menciona algun canal secundario; la tercera, llamada

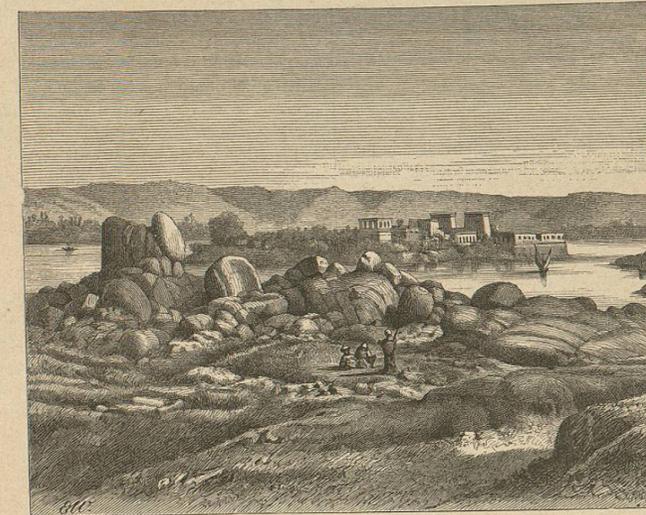
  Uu, representa el nombre especial, distinto en cada provincia, de la tierra laborable, ó tambien el campo propio del templo provincial, el dominio del templo; y la cuarta, el  Pehu ó  Hun, viene á ser aquel terreno del distrito que está mas apartado del Nilo, el país bajo, al cual llegan las inundaciones y forman en las partes inferiores pantanos y lagos, muy estimados, segun se desprende de las inscripciones, para la cria de aves y el cultivo de plantas acuáticas, y aprovechados para pastos en los períodos de sequía (1). Una de estas listas, que dividida en dos mitades se encuentra en la pared exterior del santuario de Edfu, comienza— en la mitad que trata del Alto Egipto— con el siguiente discurso puesto en boca del rey del Alto Egipto: «Llego á tí, oh Horo de Hut (nombre sagrado de la ciudad de Edfu que significa «la ciudad del dios del sol que despliega las alas») gran dios, señor del cielo. Te traigo los distritos de la Tebaida (que aquí se emplea en vez del de Alto Egipto) con lo que poseen: sus dioses y diosas, que protegen el trono de Horo en su santuario del interior del templo; sus sacerdotes que tienen entrada en él y que celebran las sagradas ceremonias, con sus sacerdotisas que sostienen delante de sí el sistro (instrumento músico de campanillas); sus barcos sagrados que estacionan en sus aguas; los árboles sagrados de sus

(1) Véase Lepsius: *De la serie de nombres geográficos relacionados con las listas de los Nomos*, en la *Revista para la lengua egipcia*, mayo de 1865, donde se han explicado exactamente las divisiones Mer, Uu y Pehu de los distritos, cuya significacion antes se ignoraba. Véase tambien J. de Rougé: *Textes géographiques du temple d'Edfon*, Introduccion, páginas 29-32 y 37-42.

bosques consagrados al templo; los preceptos por qué se rigen sus fiestas en su debido tiempo y lo que en ellas está prohibido; las ceremonias de las fiestas consagradas á las inundaciones y dedicadas á las divinidades-serpientes que viven en los canales, regando á su tiempo los campos y enviando sus refrigerantes aguas hasta sus pantanos (los

  Hunu.) Al rey que en tales términos saluda á la divinidad siguen los distritos del Alto Egipto colocados en fila, mientras que al otro lado está tambien representado de un modo análogo el rey del Bajo Egipto precediendo á los distritos del país bajo. El número de estos distritos del Alto y del Bajo Egipto, que los griegos denominan nomos, νόμοι, varía segun los distintos períodos de la historia egipcia, como así se desprende de lo que Herodoto, Diodoro, Estra-

bon, Plinio y Tolomeo dicen de las monedas de los distritos y de las listas jeroglíficas que en varios templos han llegado hasta nosotros y cuya disposicion acabo de referir. Este número varía, al parecer, entre 35 y 47, del cual no parece haber nunca pasado. La mayor parte de las listas contienen de 20 á 22 distritos del Alto Egipto y otros tantos del Bajo. Solo una, continuada en el templo de Edfú y procedente del tiempo de Tolomeo XI que se refiere á Alejandro I, enumera mayor número de distritos: y como no se encuentra un número tan elevado de estos en ningun otro monumento, hay que creer ó que esta division de los distritos egipcios fué de corta duracion, ó que algunas de las figuras representadas en esta lista no deben ser consideradas como distritos propiamente dichos, sino como subdivisiones de ellos. Hablaremos sucintamente ahora de los distintos distritos egipcios



Isleta de Rocas en las cercanías de Filae al extremo Sur de las cataratas del Assuan

tales como los encontramos divididos en los monumentos, es decir de Sur á Norte, y de los dos lados oriental y occidental del rio, y señalaremos en cada uno de ellos las principales ciudades, demostrando en cuanto sea posible el origen y el significado de los antiguos nombres.

A. - Pa to res, «el país del Sur,»— Alto Egipto

1. Distrito  «TA-CHONT,» «el territorio situado al extremo».

Este mismo nombre, escrito con los mismos signos jeroglíficos, lleva la fronteriza Nubia y por lo mismo puede traducirse por «distrito nubio» el grupo jeroglífico con que es designado el primer distrito del Alto Egipto. Este nombre es muy apropiado á la provincia egipcia que confina con la Nubia y que tuvo bajo su administracion una parte de los territorios de ésta. La cordillera que corre paralela al Nilo en todo su curso al través del Egipto, acercándose ora mas á la orilla derecha, ora mas á la izquierda, y cuyas montañas son de formacion arenisca y caliza, está cortada en la frontera meridional del Egipto por una montaña transversal granítica que, á manera de ramificacion del sistema de montañas del mar Rojo, se dirige de Este á Oeste, atraviesa en aquel punto fronterizo el Nilo y luego se prolonga por la otra orilla

penetrando en parte en el desierto de Libia. En una extension de 10 kilómetros á lo largo de la corriente del rio, álzase las sombrías masas de aquella montaña granítica á manera de murallas violentamente hendidas: colosales bloques de la misma montaña ó grupos de ellos amontonados en forma rara yacen en el lecho del rio, cuyas espumosas aguas, estrellándose en aquellas moles ó deslizándose por encima de ellas se precipitan y saltan con espantoso ruido, abriéndose paso entre ellas y dirigiéndose al Norte. Este es el territorio de la primera catarata del Nilo, en cuyo extremo meridional se encuentran la isla Filae (el nombre de ésta se

deriva del antiguo egipcio   Aa-lak: sus variantes son   Aa-lak,   I lak, que por tener prepuesto el artículo masculino  p se pronuncia Paalak ó Pilak: su significado es «la isla que está al fin, la isla fronteriza») y enfrente de ella la isla de rocas que hoy se llama Bigeh, que

en otro tiempo se denominaba   Senem. El extremo Norte de esta region forma el islote que los antiguos

egipcios denominaban   Ab, «isla del marfil,» y que los griegos y romanos llamaron Elefantina. En la mas pequeña de estas tres islas, en la de Filae, se encuentran